



XV

No se quedó aletargado Pedro hasta la madrugada, pues le quebrantaba la emoción y enardecía la calentura. A su regreso, entrada la noche, al palacio Boccanera, encontróse con el doloroso duelo de la muerte de Darío y de Benedetta. Y á eso de las nueve, cuando después de despertarse se vistió y almorzó, quiso bajar enseguida á las habitaciones del cardenal, en las que habían expuesto los cadáveres de los dos amantes para que la familia, los amigos y los clientes pudiesen ofrecerles sus lágrimas y sus oraciones.

Mientras que almorzaba le contó Victorina, que no se había acostado y que daba pruebas de activo ánimo en medio de su dolor, todos los acontecimientos de la noche y de la madrugada. *Donna Serafina*, con un respeto á las conveniencias propio de una gazmoña, intentó una nueva tentativa, queriendo que se separasen los dos cuerpos. Aquella mujer desnuda que,

muerta, estrechaba entre sus brazos tan apretadamente á un hombre medio vestido, era cosa que sublevaba todos sus pudores; pero aun no era tiempo, porque se había producido la rigidez de la muerte, y lo que no se pudo conseguir en los primeros momentos, no podía entonces realizarse sin apelar á una horrible profanación. Su abrazo de amor era tan poderoso, que para separarlos el uno del otro, habría sido necesario arrancar sus carnes, romper sus miembros. Y el cardenal, que antes no consintiera que turbasen su sueño, su unión en la muerte y en la eternidad, estuvo en poco que regañase con su hermana. Bajo su sotana de presbítero encontró su raza, mostróse orgulloso de las pasiones de antaño, de esos hermosos y violentos amores, de esas buenas puñaladas, diciendo que si en la familia Boccanera figuraban dos papas y grandes guerreros y capitanes, también la habían hecho célebre algunos de sus miembros con sus amores. Manifestó que no permitiría, que nunca dejaría que tocasen los cadáveres de aquellos dos jóvenes tan puros en su dolorosa existencia y á los que sólo la tumba había unido. Era el amor en su palacio y los coserían dentro del mismo sudario, encerrándolos en el mismo ataúd. Enseguida se celebrarían los funerales en San Carlos, en la iglesia inmediata, de la que tenía el título cardenalicio y en la que era aún el patrono. Y si era preciso allanar alguna dificultad, estaba dispuesto á acudir hasta al papa. Y tal fué su voluntad soberana, manifestada con tanta energía, que todos en el palacio tuvieron que inclinarse, sin permitirse ni un gesto ni una observación.

Ocupóse entonces *donna Serafina* del último tocado. Según costumbre, los criados se encontraban allí, y

Victorina, como la más antigua criada y más estimada de la casa, fué la que ayudó á la familia en aquel trance. Fué necesario limitarse á envolver ante todo á los dos amantes en la suelta cabellera de Benedetta, en la olorosa, profusa y larga cabellera, semejante á regio manto; después los cubrieron con su misma tela blanca de seda, anudada á sus cuellos, y que hacía de los dos seres uno ante la muerte. Y otra vez exigió el cardenal que los bajasen á sus habitaciones, en donde los colocaron en una cama imperial y en medio de la sala del trono, para rendirles supremo homenaje como á los últimos de la raza y del apellido, como á los trágicos desposados, con los que la retumbante gloria de los Boccanera, volvía á la tierra. Desde luego, *donna Serafina* se sometió á este proyecto, porque la parecía poco decente que, ni aun después de muerta, viesen á su sobrina en aquella habitación y en el lecho de Darío. La historia, arreglada á las circunstancias, circulaba ya de boca en boca, lo mismo que la brusca muerte de Darío, arrebatado en pocas horas por una fiebre infecciosa; el loco dolor de Benedetta, que espiró sobre su cadáver y al estrecharle por última vez entre sus brazos, los honores régios que les tributaban, las hermosas fúnebres bodas que se celebraban tendidos ambos en el mismo lecho de eternal reposo; Roma entera, trastornada por esa historia de amor y de muerte, no iba, durante dos semanas, á hablar más que de este asunto.

Pedro se proponía marchar á Francia aquella misma noche, con su afán de abandonar aquella ciudad de desastre, en la que debía dejar el último girón de su fé; pero queriendo quedarse para los funerales, aplazó su viaje para el día siguiente. Y aquel día que le quedaba lo pasaría allí en aquel palacio que se derrumbaba, y

al lado de aquella muerta, á la que había estimado tanto, procurando encontrar para ella oraciones en el fondo de su corazón vacío y lastimado.

Cuando bajó al primer piso, y al llegar ante las habitaciones que estaban destinadas por el cardenal para las recepciones, acudió á su memoria el recuerdo del primer día que se había presentado allí. Tuvo la misma sensación de pompa regia antigua entre el desgaste y el polvo del pasado. Las puertas de las tres inmensas antecámaras estaban abiertas de par en par, y las salas, vacías aún, con sus elevados artesonados oscuros todavía á causa de lo matinal de la hora. En la primera, en la de los criados, no se hallaba más que Giacomo con librea negra, inmóvil y en pie, frente del capelo rojo, colgado bajo el dosel y con sus alamares medio roídos, entre los que las arañas tejían su tela. En la segunda, en la que en otros tiempos solía hallarse el secretario, estaba el abate Paparelli, el caudatario, que desempeñaba también las funciones de maestra y esperaba á las visitas andando por allí con un paso menudo y silencioso. Nunca se había parecido tanto á una solterona vieja, con falda negra, lívido, arrugado por el abuso de prácticas muy severas, con su humildad conquistadora y su aire receloso, de supremacía obsequiosa. Por último, en la tercera antecámara, en la antecámara noble, en la que la birreta cardenática colocada en una credencia se hallaba enfrente del retrato de cuerpo entero del cardenal en traje de ceremonia, aguardaba *don Vigilio*, el secretario, que había abandonado su mesita de trabajo para colocarse en la puerta de la sala del trono y saludar con una reverencia á los que cruzaban el umbral de aquélla. Y en aquella sombría mañana de invierno, las salas parecían más aban-

donadas, más destartadas, se veían más lo girones de los tapices, los escasos muebles cubiertos de polvo, los antiguos tallados de la madera que se convertían en polvo con el continuo trabajo de las carcomas, siendo los artesonados los únicos que conservaban su fastuoso vuelo de dorados y de pinturas triunfales.

Pedro, al que el abate Paparelli acababa de saludar respetuosamente, de una manera exagerada, en la que se traslucía la ironía de una especie de despedida hecha á un derrotado, estaba más que nada sobrecogido por la triste grandeza de esas tres vastas salas en ruína, y que aquel día servían de paso para llegar hasta la del trono, trasformada en sala de la muerte, en la que dormían los dos últimos descendientes de la casa. ¡Qué gala más soberbia y desolada de la muerte, las puertas abiertas de par en par, todo el vacío de aquellas grandes salas despobladas de la multitud que en otros tiempos las llenaba, yendo á parar al duelo supremo del fin de una raza! El cardenal estaba encerrado en su gabinete, en el que recibía á los miembros de la familia, á los íntimos que iban á darle el pésame, mientras que *donna Serafina*, por su parte, habíase instalado en una habitación inmediata para esperar á las señoras amigas, cuyo desfile debía durar todo el día. Y Pedro, al que Victorina enterara de ese ceremonial, tuvo que decidirse á entrar directamente en la sala del trono, saludándole de nuevo *don Vigilio*, pálido y mudo, con una gran reverencia y como si, al parecer, no le conociese.

Esperábase allí una sorpresa; había imaginado una capilla ardiente, la obscuridad completa, centenares de cirios ardiendo alrededor del catafalco y en medio de la sala cubierta de negras tapicerías. Le habían dicho que la exposición se haría allí, porque la antigua capi-

lla del palacio, situada en el piso bajo, hacía cincuenta años que no se había abierto, y no podía, por tanto, usarse, y en cuanto á la capillita privada del cardenal era demasiado pequeña para el caso. Por esta razón habían tenido necesidad de improvisar un altar en la sala del trono, en el que, sin interrupción, se decían misas desde por la mañana, y además de esto, debían decirse misas durante todo el día en la capilla privada. También se habían instalado otros dos altares: uno en una habitación inmediata á la antecámara noble y no muy grande, y el otro en una especie de alcoba que comunicaba con la segunda antecámara. Allí era á donde una porción de presbíteros, sobretodo franciscanos y miembros de las órdenes mendicantes, iban sin interrupción y esperando turno á celebrar el divino sacrificio en los cuatro altares. El cardenal había querido que ni un solo instante dejase de correr la sangre divina en su casa para la salvación de aquellas dos almas queridas que juntas habían volado. En el enlutado palacio y á través de las fúnebres salas, oíase sin cesar el campanilleo que acompaña al alzar y el murmullo estremecedor de las palabras latinas, y las hostias se partían, los cálices se vaciaban constantemente, sin que Dios pudiese ausentarse ni un solo minuto de aquel aire pesado que tenía aroma de muerte.

Y Pedro, asombrado, encontró la sala del trono tal cual la viera el día de su primera visita. Ni siquiera habían corrido los cortinajes de las cuatro grandes ventanas, y la sombría mañana de invierno penetraba hasta allí con una claridad febril, gris y fría. Eran los mismos, bajo el labrado y dorado artesonado, los rojos tapices de las paredes, de un brocatel con grandes ramos descoloridos por el desgaste del tiempo; el antiguo

trono estaba allí vuelto de cara á la pared, el sillón colocado bajo el dosel, esperando inútilmente al papa que no se presentaba nunca. Lo único que alteraba un poco el aspecto de la habitación era el altar improvisado colocado á la derecha del trono, pues habían quitado de sus sitios algunos muebles, mesas, sillones y cómodas. Después, en el centro y sobre una grada no muy alta, habían colocado la cama imperial, en la que Benedetta y Darío estaban acostados y cubiertos de flores. En la cabecera veíanse únicamente dos cirios que ardían á derecha é izquierda. Y nada más, á no ser muchas flores, tantas que no se sabía en qué jardín podían haberlas cortado, abundando sobre todo las rosas blancas, ramos y guirnaldas de flores sobre la cama, ramos de rosas cayendo de ésta, ramos de rosas cubriendo las gradas y desbordándose de éstas hasta llegar al magnífico embaldosado del salón.

Se acercó Pedro al lecho, oprimiéndole el corazón una emoción profunda. Esos dos cirios de los que la claridad del día amenguaba la amarillenta luz, ese continuo murmullo semejante á un lamento de la misa que celebraban continuamente al lado, aquel penetrante perfume de las rosas que espesaba el aire, contribuía todo ello á aumentar la angustia infinita, á ser como una lamentación de duelo sin límites en aquella sala polvorienta y anticuada. Y nada, ni un gesto, ni una palabra; sólo de vez en cuando un rumor de ahogados sollozos que estallaban entre las personas que se encontraban allí. Los criados de la casa se relevaban sin cesar y cuatro de ellos permanecían constantemente en pie é inmóviles á la cabecera del lecho imperial lo mismo que guardias familiares y fieles. De vez en cuando, el abogado consistorial Morano, que era quien

se ocupaba de todo desde por la mañana, atravesaba el salón con apresuramiento y silencioso paso. Y cuantos entraban ibanse á arrodillar enseguida y lloraban rezando. Pedro vió á tres señoras que tenían la cara oculta tras el pañuelo. También estaba allí un clérigo anciano, temblando de dolor, con la cabeza baja y al que no era posible verle el rostro; pero lo que le enterneció más, fué la presencia de una joven vestida pobremente y á la que él tomó por una criada, que estaba tan desplomada sobre el enlosado que no era más que un andrajo de miseria y de sufrimiento.

Arrodillóse entonces á su vez, y con el balbuceamiento profesional de los labios hizo esfuerzos para encontrar el latín de las oraciones de ritual que, como presbítero, había pronunciado muchas veces á la cabecera de los difuntos. Su creciente emoción embrolló su memoria, se anonadó ante el espectáculo adorable á la par que terrible de esos dos amantes de los que su mirada no podía apartarse. Bajo el montón de rosas que los cubría, apenas se distinguían sus cuerpos abrazados: pero aparecían sus cabezas estrechadas en el cuello por el blanco sudario de seda. ¡Y qué hermosas eran aún, con una belleza de pasión al fin satisfecha, reposando los dos sobre la misma almohada y mezclando sus cabelleras! Benedetta conservaba su faz divina, sonriente, amante y fiel para la eternidad, exaltada por haber entregado la vida con el último beso de amor. Darío, en medio de su postrera alegría, tenía un aspecto más doloroso, igual al de los mármoles de las piedras funerarias, que los enamorados se cansan en vano queriendo borrar. Y tenían ambos abiertos aún los ojos, sumiéndose la mirada del uno en el fondo de los del otro, y continuaban contemplándose sin cesar, con una

dulzura de caricia que nada debía turbar en adelante.

¡Dios mío! ¿Era, pues, cierto que él había amado á Benedetta con un amor tan puro, tan desprendido de toda idea de imposible posesión? Y Pedro se conmovió hasta lo más íntimo de su alma, recordando las horas deliciosas que había pasado á su lado, uniéndoles un lazo de amistad exquisita, tan dulce como el amor. ¡Era tan hermosa, tan prudente, tan ardiente de pasión! Él mismo concibió un hermoso ensueño: amar con su libertadora fraternidad á esa admirable criatura de alma de fuego y aire indolente, en la que veía á la antigua Roma y á la que hubiera querido despertar y conquistar para la Italia de mañana. Soñaba con catequizarla, ensanchando su corazón y su cerebro, comunicándola el amor á los pobres y á los pequeños, la oleada de compasión para las cosas y los seres. A la sazón esos pensamientos habríanle hecho sonreír si no se hubiese desbordado en lágrimas. ¡Cuán encantadora se había mostrado haciendo esfuerzos para contentarle y consolarle á pesar de los obstáculos invencibles, la raza, la educación, el medio en que se movía que la impedían seguirle! Era una colegiala dócil, pero incapaz de hacer ningún verdadero progreso. Un día, sin embargo, pareció que se acercaba á él como si el sufrimiento la abriese el alma á todas las caridades; después vino la ilusión de la dicha y Benedetta no comprendió nada de la miseria de los demás, y partió con el egoísmo de su esperanza y de su alegría, pero sólo para ella. ¿Sería ¡oh, Dios! que esa raza condenada á desaparecer, debía concluir así, tan hermosa aún, tan adorada, pero tan cerrada al amor de los demás, á la ley de la caridad y

de la justicia, y que reglamentando el trabajo puede ser en adelante la única salvadora del mundo?

Después de esta experimentó Pedro otra desolación que le dejó balbuciente y sin encontrar oraciones precisas. Acababa de acordarse del golpe de violencia que se llevó á los dos jóvenes en una revancha aniquiladora de la Naturaleza. ¡Qué irrisión haber hecho la promesa á la Virgen de no hacer el don de la virginidad más que al marido elegido, de haberse hecho sangrar bajo ese juramento como bajo un cilicio, perdiendo la existencia entera para ir á arrojarse en el momento de la muerte al cuello del amante, trastornada por el pesar y ardiendo en deseos de entregarse por completo! Y se entregó con el arranque de una protesta postrera y bastó el hecho brutal de la separación amenazadora para que se diese por advertida del engaño y se sintiese atraída hácia el instinto del amor universal. Era una vez más la Iglesia vencida, el gran Pan, sembrador de gérmenes, reuniendo las parejas con su gesto continuo de fecundidad. Si cuando en la época del Renacimiento la Iglesia no sucumbió bajo el asalto de las Venus y de los Hércules exhumados del vetusto suelo romano, la lucha continuaba con toda su aspereza y á cada momento los pueblos nuevos, desbordantes de sávia, hambrientos de vida, en guerra contra una religión que no era más que un apetito de la muerte, amenazaban derrumbar el antiguo edificio católico, cuyos muros derrúmbanse ya por todas partes.

Y en aquellos momentos experimentó Pedro la sensación de que la muerte de aquella adorable Benedetta era para él un supremo desastre. La miraba sin cesar y las lágrimas abrasaban sus ojos; la muerte se había llevado su quimera. Lo mismo que en el Vaticano la vis-

pera, ante el papa, había comprendido que se desvanecía su postrera esperanza; la resurrección tan deseada de la antigua Roma para convertirla en una Roma de juventud y de salvación. Aquella vez, era realmente el fin, Roma la católica, la regia, estaba muerta, yacía allí lo mismo que un mármol sobre aquel lecho fúnebre. No había podido ir al encuentro de los humildes, de los que sufren en este mundo, sino que expiró con el grito impotente de su pasión egoísta y cuando era demasiado tarde para amar y engendrar. No tendría nunca hijos y la antigua casa romana estaba para adelante vacía, estéril y sin posible despertar. Pedro, al que la muerta querida dejaba viuda el alma, con luto de un ensueño tan grande, experimentó un dolor tal al verla así inmóvil y helada que se sintió desfallecer. ¿Era la claridad lívida del día en la que se destacaban como dos estrellitas las manchas amarillas de los cirios, lo que le turbaba la vista? ¿O eran el perfume de las rosas que aspiraba aquel aire de muerte, lo que le aturdiría como una embriaguez y el sordo murmullo continuo del oficiante que acababa su misa á su espalda, lo que se juntaba en su cráneo impidiéndole recordar sus rezos? Tuvo miedo de caer atravesado en la grada y haciendo un violento esfuerzo, se puso en pie y se alejó.

En el momento en que, para reponerse, buscaba un refugio en el hueco de una ventana, quedóse parado al encontrar allí á Victorina sentada en una banquetta que estaba medio oculta. Tenía órdenes de *donna Serafina* y desde aquel rincón velaba á aquellos muertos queridos, á sus hijos, como ella los llamaba, y no apartaba la mirada de las personas que entraban y salían.

En seguida, hizo que Pedro se sentase á su lado al verle tan demudado y pálido y á punto de desmayarse.

—¡Ah!—dijo el presbítero en voz baja cuando pudo respirar á sus anchas.—¡Que al menos gocen de la dicha de estar juntos allá, y que revivan en otra vida, en otro mundo!

Encogióse Victorina de hombros y en voz baja replicó á su vez:

—¡Oh! ¡Revivir! ¿Y para qué, señor abate? Vamos, que cuando se está muerto lo mejor que se puede hacer es quedarse así y dormir. Bastantes penas han tenido sobre la tierra, ¡pobres hijos míos! Y no hay que desearles que vuelvan á empezar á sufrirlas en otra parte.

Esas palabras tan ingenuas y de una profunda ignorante no creyente, hicieron pasar un estremecimiento por los huesos de Pedro, ¡já éste cuyos dientes habían á veces castañeteado de terror durante la noche al hacer la brusca evocación del vacío! Le pareció heroica al observar que no se turbaba con las ideas de la eternidad y de lo infinito. ¡Ah! Si todo el mundo hubiese tenido esa tranquila irreligión, esa indiferencia tan prudente del pueblo bajo incrédulo de Francia, ¡qué calma más repentina entre los hombres, qué vida más venturosa!

Y como Victorina observase que Pedro se estremecía añadió en seguida:

—¿Qué queréis que haya después de la muerte? Se desea mucho dormir, descansar y esto es lo que hay más deseable y consolador. Si Dios tuviese que recompensar á los buenos y castigar á los malos se habría echado encima una tarea enorme ¿es que acaso es posible semejante juicio? ¿Por ventura el bien y el mal no es-

tán mezclados de tal modo en todos, que lo mejor sería absolverlos?

—Pero,—murmuró Pedro,—esos dos, tan buenos, tan cariñosos, tan amados y que apenas han vivido ¿por qué no tener la esperanza de que han de revivir, recompensados y el uno en brazos del otro en algún otro lado y eternamente?

De nuevo meneó la cabeza.

—¡No! ¡No! Bien decía yo,—contestó,—que mi pobre Benedetta hacía muy mal atormentándose con esas ideas del otro mundo y no queriéndose entregar al hombre que la amaba y al que ella tanto quería. En cuanto á mí, si hubiese querido, no habría tenido inconveniente en llevárselo á su habitación y sin alcalde y sin cura. ¡Es tan rara la dicha! ¡Se tiene más adelante tanto pesar cuando ya no es tiempo! Ahí tenéis la historia de esos dos pobres jóvenes. Ya no es tiempo para ellos, se murieron y en vano colocan á los enamorados á la altura de las estrellas; ya lo veis por que cuando están muertos es de veras por que no les da ni frío ni calor eso de besarse ni abrazarse!

A su vez no pudo contener las lágrimas y se echó á llorar y sollozar.

—¡Pobrecillos! ¡Pobres hijos míos! ¡Pensar que no han podido disfrutar de una sola noche y que ahora tienen por delante la gran noche que no concluirá jamás! ¡Miradlos que blancos están! Pensad en lo que serán cuando no queden sobre la almohada más que los huesos de sus cabezas y sean solo los huesos de sus brazos los que se estrechen. ¡Ah! ¡Que duerman! ¡Que duerman! A lo menos no saben, no sienten ni padecen!

Un prolongado silencio sucedió á esas palabras. Y Pedro, estremecido por la duda, por el ansioso deseo

de otra vida contemplaba á aquella mujer con la que no hacían negocio los curas, que conservaba un hablar franco y libre de buena beaucerona, el aire tranquilo y satisfecho del deber cumplido en su humilde situación de criada, desterrada desde hacía veinticinco años en un país de lobos del que ni siquiera había podido aprender el idioma. ¡Ah! Si, ser como ella, tener un hermoso equilibrio de criatura sana y de limitada inteligencia que se contentaba con la tierra; que se acostaba por la noche después de cumplir con su deber durante el día completamente satisfecha aún cuando no se volviese á despertar jamás!

Al volverse á fijar Pedro en el lecho fúnebre, reconoció al anciano presbítero, arrodillado en la grada y cuya cabeza inclinada, abrumada por el dolor, no le había permitido verle antes.

—¿No es aquel el abate Pisoni, el párroco de Santa Brígida, en cuya iglesia he dicho yo algunas misas? ¡Ah! ¡Pobre hombre! ¡Cómo llora!

Con su voz empañada por las lágrimas, respondió Victorina:

—Y tiene en verdad por que hacerlo; el día en que se le ocurrió la mala idea de casar á mi pobre Benedetta con el conde Prada, cometió una necedad. Tantas abominaciones no habrían ocurrido si hubiesen entregado su Darío á esa pobre niña; pero en esta ciudad tan bestia, todos están locos con su política, y ese es, sin embargo, un buen hombre, que se figuraba haber hecho un milagro y salvado al mundo casando al papa y al rey, como decía con esa risita de sabio viejo, que nunca ha tenido cariño más que á las piedras y á las antiguallas; ya lo sabéis, sus antiguallas y sus ideas patrióticas de hace cien mil años... Y ya lo estáis viendo,

hoy llora con todas las lágrimas de su cuerpo... El otro también ha venido, aun no hace veinte minutos, me refiero al padre Lorenza, al jesuita, al que fué confesor de Benedetta y que deshizo todo lo que el abate Pisoni hiciera. Sí, un hombre muy apuesto, un crea estorbos, uno que no sirve más que para poner impedimentos para que los demás sean dichosos, con todas las solapadas complicaciones con que intervino en esa historia del divorcio... Me hubiera gustado hubieseis estado aquí cuando llegó para que vierais como hizo la señal de la cruz después de arrodillarse. No lloró, ¡llorar es el no, no parecía si no que decía que, puesto que las cosas concluían tan mal, era porque Dios se había retirado finalmente de todo ese asunto, ¡tanto peor para los muertos!

Hablaba con mucha dulzura, sin detenerse, como si sintiese alivio al poder descargar su corazón después de las terribles horas de angustias y de tremendas emociones por que había pasado desde la víspera.

—Y á esa,—dijo Victorina en voz más baja,—¿no la reconocéis?

Y con la mirada designó á aquella joven pobrememente vestida á la que Pedro había tomado por una criada y á la que la pena y el dolor desplomaban sobre las losas, delante del lecho. Con un movimiento de trastorno y de sufrimiento levantó la cabeza, echándola hácia atrás, y se pudo ver que era una cabeza de una hermosura extraordinaria y coronada además por la más admirable de las cabelleras negras.

—¡La Pierina!—exclamó—¡Pobre muchacha!

Hizo Victorina un gesto de compasión y de tolerancia.

—¿Y qué queréis que yo le haga? La permití subir

hasta aquí... No sé cómo ha podido enterarse de la desgracia... La verdad es que anda siempre rondando alrededor del palacio... Me mandó á buscar, y si la hubieseis oído allá abajo como me suplicaba, pidiéndome entre sollozos que la permitiese ver siquiera una vez á su príncipe... ¡Dios mío! No hace daño á nadie, de rodillas ahí, en el suelo, contemplándolos á los dos con sus hermosos ojos preñados de lágrimas. Hace que está ahí como cosa de media hora y me había propuesto decirle que se marchase si no se portaba bien; pero puesto que es tan prudente y que ni siquiera se mueve, que se quede en donde está y que llene el corazón para toda la vida!

Era, en verdad, un espectáculo sublime el que ofrecía aquella Pierina, aquella joven personificación de la ignorancia, de la pasión y de la hermosura, arrodillada de aquella manera, á los piés del mortuario lecho nupcial, en el que dos amantes abrazados dormían en la muerte su primera y eterna noche. Se desplomó sobre los talones, dejó caer sus brazos demasiado pesados y las abiertas manos y con el rostro levantado, inmóvil, como fijada por un éxtasis de agonía, no apartaba ni un segundo sus miradas de aquella pareja adorable y trágica. Nunca rostro humano tuvo una expresión más hermosa, con un esplendor tal de amor y de sufrimiento tan resplandecientes; era el Dolor antiguo, pero estremecido aún por la vida con su frente regia, sus mejillas de gracia orgullosa y su boca de perfección divina. ¿En qué pensaba? ¿De qué sufría contemplando fijamente á su príncipe para siempre enlazado en los brazos de su rival? ¿Era que unos celos sin fin posible helaban su sangre en las venas? ¿O era más bien que el sólo sufrimiento de haberle perdido, de decirse

que le veía por última vez y sin rencor hacia á aquella otra mujer que trataba en vano de darle calor contra su carne tan fría como la suya. Sus ojos empañados por las lágrimas conservaban sin embargo su dulce mirar, y sus labios amargos su ternura. ¡Los encontraba tan hermosos, tan puros, acostados entre aquellos montones de flores! Y con su propia belleza, su belleza de reina que se ignora, estaba ella allí sin aliento, como humilde sirviente, como enamorada esclava cuyos amos, al morir se la arrancaron y se llevaron su corazón.

Sin cesar entraban allí quedamente muchas personas con rostro de duelo, se arrodillaban, rezaban durante unos cuantos minutos, y después se marchaban con el mismo paso silencioso, actitud muda y desolada. Y á Pedro se le oprimió el corazón cuando vió llegar así á la madre de Darío; á la siempre hermosa Flavia acompañada correctamente de su esposo, del apuesto Julio Laporte, el antiguo sargento de la guardia suiza, al que ella había convertido en un marqués de Montefiori. Avisada en cuanto ocurrió la desgracia, había estado la víspera, y entonces volvía con aires de ceremonia, de gran luto, soberbia, con un traje completamente negro, que sentaba de admirable manera á su majestad de Julio un poco cenceña. Cuando se acercó con regio ademán al lecho mortuorio, se quedó un momento en pie con dos lágrimas en el extremo de los párpados, de los que no se soltaban. Después, en el momento en que se iba á poner de rodillas, se aseguró de que Julio estaba á su lado y con la mirada le ordenó que se arrodillase también á su vez. Ambos se inclinaron al borde de la grada, permaneciendo allí rezando el tiempo necesario para cumplir con las convenien-

cias; ella, muy digna y dolorida y él mucho mejor aún con la desolación perfecta del hombre que no está nunca fuera de su sitio, sean cualesquiera que sean las circunstancias en que se halle, aun en las más graves. Levantáronse los dos y desaparecieron lentamente por la puerta de las habitaciones particulares, en las que el cardenal y *donna* Serafina recibían á la familia y á los amigos íntimos.

Entraron cinco señoras en fila, al mismo tiempo que se retiraban del salón dos capuchinos y el embajador de España cerca de la Santa Sede. Y Victorina, que hacía algún tiempo estaba callada, exclamó de pronto:

—¡Ah! ¡Aquí está la princesita! ¡Qué afligida debe estar por lo mucho que quería á nuestra Benedetta!

En efecto Pedro vió entrar á Celia, que vestía también de luto para hacer esa visita de abominable adiós. Detrás de ella hallábase su doncella, á la que había mandado que la acompañase, y que tenía en cada brazo un ramo enorme de rosas blancas.

—¡Querida niña!—murmuró Victorina.— ¡Tenía empeño que la boda con su Attilio se celebrase al mismo tiempo que la de esos dos desdichados que descansan ahí. Y son ellos los que la ganaron la delantera y han hecho sus bodas durmiendo ya juntos desde la primera noche.

En seguida se arrodilló Celia haciendo la señal de la cruz; pero visiblemente no rezaba; contemplaba á los dos queridos amantes con el estupor desesperado de encontrarlos tan blancos, tan fríos y de una belleza de mármol. ¡Cómo! ¿Habían bastado tan pocas horas para que la vida se fuese y aquellos labios no pudiesen

volver á besar? Figurósele que los veían aún en medio de aquel baile de pocas noches antes tan resplandecientes, tan llenos de vida y gozando con el triunfo de su amor. Una protesta subía desde su corazón juvenil tan abierto á la vida, ávido de alegría y de sol y en rebelión contra la muerte imbecil. Y esa cólera, ese terror, ese dolor enfrente del vacío, en el que toda pasión se hiela, leíanse en su rostro ingenuo de lirio candido y cerrado. Jamás su boca de inocencia con los labios cerrados sobre los blancos dientes, jamás sus ojos de agua de fuente, claros y sin fondo, expresaron más insondable misterio; la vida de pasión que ignoraba, en la que entraba y en la que tropezaba en el dintel con esos dos muertos, tiernamente queridos, cuya pérdida le trastornaba el alma.

Con mucha dulzura cerró los ojos é intentó rezar mientras que de sus prápados entornados escapábanse gruesas lágrimas. Transcurrió algún tiempo en medio de aquel silencio que hacía estremecer y que turbaban únicamente los ligeros rumores de la misa que se celebraba allí cerca. Se levantó al fin y mandó á su doncella que la entregase los dos ramos de rosas blancas que quería depositar en persona sobre el lecho. En pie sobre la grada vaciló un momento, y después se decidió colocándolos á derecha é izquierda del cojín en que descansaban las dos cabezas, como si hubiese querido coronarlas con aquellas flores, mezclándolas á sus cabellos y perfumar sus frentes juveniles con aquel perfume tan suave y penetrante. Pero se quedó con las manos vacías y no se marchó sino que quede allí muy cerca inclinada sobre ellos temblosa, y buscando lo que podría decirles aún, antes de dejarlos tras sí para siempre. Lo encontró, porque se inclinó aún más y dióse dos besos

con toda su alma de enamorada en las frentes heladas del esposo y de la esposa.

—¡Ah! ¡Querida princesita!— exclamó Victorina, que no pudo contener sus lágrimas.—Ya lo habéis visto, los ha besado y á nadie se le ocurrió hacerlo ni aún á su propia madre. ¡Ah! ¡Corazón animoso! Con seguridad que se acordó de su Attilio.

Al volverse para bajar de la grada, Celia vió á Pierina que continuaba medio desplomada y entregada á su adoración dolorosa y muda. La reconoció en seguida y más que nada la dió lástima, cuando vió que de pronto empezaba á sollozar con tanta violencia, que todo su cuerpo, sus caderas y su garganta de diosa, se estremecían de una manera horrorosa. Aquella pena de amor la trastornó como un desastre ante el que desaparecía todo lo demás. A media voz se la oyó decir con un tono de compasión infinita:

—Calmaos, querida, calmaos... Os lo suplico, amiga mía, sed razonable.

Y luego, cuando la Pierina, sobrecogida al verse consolada así, lloró con más fuerza hasta el extremo de llamar la atención, Celia la levantó sosteniéndola en sus brazos, temiendo que no rodase por el suelo. La acompañó con fraternal abrazo, lo mismo que una hermana de ternura y de dolor, y la hizo salir de la sala prodigándola los más dulces consuelos.

—Seguidlas y enteraos de lo que las sucede,—dijo Victorina á Pedro,—porque yo no quiero moverme de aquí, pues me tranquiliza el velar á esos queridos hijos.

En el altar improvisado otro sacerdote, un capuchino, comenzaba una misa, oyéndose de nuevo la sorda salmodia latina, mientras que desde la sala inmediata

llegaba hasta allí el toque de la campanilla para alzar entre el murmullo de la misa de al lado. El perfume de las flores iba en aumento, se hacía más pesado, con una caricia de vértigo en medio del aire inmóvil y pesado de la vasta sala. En el fondo, los criados permanecían inmóviles lo mismo que si se tratase de una recepción de gala, y delante de la cama imperial, á cuyos lados ardían los dos cirios semejantes á dos estrellitas, continuaba el desfile silencioso del duelo, mujeres y hombres que se detenían conmovidos durante un momento, y después se alejaban llevando la inolvidable visión de los dos amantes trágicos que dormían el eterno sueño.

Pedro se reunió con Celia y Pierina en la antecámara noble en la que se hallaba *don* Vigilio. A un rincón habían llevado algunos sillones que estorbaban en la sala del trono y la princesita obligó á la obrera á que se sentase en uno de ellos para que se serenase un poco. Estaba en éxtasis delante de ella, asombrada al verla tan hermosa, más hermosa que todas, como decía ella. Después la habló de los queridos muertos que la habían parecido también tan hermosos con una belleza soberbia y dulce, extraordinaria. Se quedó transportada de admiración en medio de sus lágrimas. Haciendo hablar á Pierina, averiguó Pedro que Tito, su hermano, se hallaba en el hospital en peligro de muerte á consecuencia de haber recibido en un costado una puñalada tremenda; que la miseria había aumentado de una manera horrorosa en los Prados del Castillo desde que empezó el invierno. No había más que penas para todos, y aquellos á quienes se llevaba la muerte, debían alegrarse. Celia, con un gesto de invencible esperanza apartó el sufrimiento y hasta á la misma muerte.

—¡No! ¡No! Es preciso vivir... y querida mía, basta ser hermosa para vivir... Vamos, amiga mía, no os quedéis aquí, no lloréis más, vivid para la alegría de ser hermosa.

Y se la llevó, quedándose Pedro sentado en uno de los sillones dominado por una tristeza cansada que habría querido no moverse. *Don* Vigilio, en pie, seguía saludando con una reverencia á cuantos entraban. Durante la noche había tenido un acceso de calentura y aun tiritaba actualmente y con los ojos ardientes é inquietos. Dirigía á Pedro continuas miradas como si le consumiese el deseo de hablarle, pero le dominaba el temor de que le viese el abate Paparelli por la puerta abierta de par en par de la habitación inmediata y eso combatía sin duda el deseo, porque no dejaba de acchar al caudatario. Este tuvo al fin que ausentarse durante un momento y *don* Vigilio se acercó al presbítero.

—Ayer visteis á su santidad,—le dijo.

Quedóse Pedro estupefacto y le miró.

—¡Oh! Todo se sabe, ya os lo dije... ¿y qué hicisteis? ¿Retirastéis pura y simplemente vuestro libro, no es así?

El estupor creciente de su interlocutor le sirvió de contestación porque sin darle tiempo para responder, añadió:

—Me lo figuraba, pero quería tener la certidumbre...

¡Ah! ¡Cómo se ve que todo eso es obra suya! ¿Me queréis creer ahora y os convenceréis de que aquellos á los que no envenenan los ahogan?

Debía querer referirse á los jesuitas y con mucha prudencia alargó la cabeza y se aseguró de que el abate Paparelli no estaba aún de vuelta.

—¿Y qué acaba de decirnos monseñor Nani?

—Dispensadme,—dijo al cabo Pedro,—no he visto aún á monseñor Nani.

—¡Ah! Se me había figurado... pasó por esta sala antes de que llegaseis... Si es que no le visteis en la sala del trono, será porque habrá ido á visitar á su embaixada y á *donna* Serafina para saludarlos. Seguramente volverá á pasar por aquí y tendréis ocasión de verle.

Después, con su amargura de sér débil, siempre aterrado y vencido, añadió:

—Ya os predije que acabaríais por hacer cuanto quisiese.

Pero se le figuró oír el ligero paso del abate Paparelli y volviendo con mucha ligereza á su sitio, hizo una reverencia á dos señoras ancianas que salían, mientras que Pedro se quedó sentado, aniquilado, con los ojos medio cerrados hasta que, por último, vió erguirse la figura de monseñor Nani en su realidad de inteligencia y de diplomacia soberanas. Se acordó de cuanto le había dicho *don* Vigilio durante la famosa noche de las confidencias acerca de aquel hombre de tanto talento, y lo bastante hábil para no ponerse un traje impopular, prelado inteligentísimo además, que conocía perfectamente la sociedad, gracias á sus funciones en las nunciaturas y en el Santo Oficio, mezclado en todo enterado de cuanto sucedía. Era por esto una de las cabezas, uno de los cerebros del moderno ejército negro cuyo oportunismo quiere atraer el siglo para la Iglesia. Y bruscamente la luz total se hizo en él y comprendió por medio de que táctica hábil y admirable aquel hombre le había obligado á llevar á cabo aquel acto, que deseaba obtener de su libre voluntad aparente; la retirada pura y simple de su libro. Esto fué

principio una contrariedad muy viva al enterarse de la noticia de que perseguían la obra; una inquietud repentina de que el autor exaltado no se lanzase á alguna enojosa rebelión, y fué más tarde el plan determinado, los informes tomados acerca del joven presbítero capaz de ir hasta el cisma, la invitación que le habían hecho para que fuese á hospedarse á aquel antiguo palacio cuyos muros iban á helarle y á instruirle. Más tarde fueron los obstáculos sin cesar renovados, la manera de hacerle prolongar su permanencia impidiéndole ver al papa, prometiéndole obtener la audiencia tan deseada cuando llegase la hora oportuna, después de haberle paseado por todas partes y hecho tropezar con todo, haciéndolo ir de monseñor Fornaro al padre Dangelis, del cardenal Sarno al cardenal Sanguinetti. Fué, por fin, en el momento en que le vieron quebrantado por las cosas y por los hombres, muy descorazonado, dominado por la duda, cuando le concedieron esa audiencia para la que le estaban preparando desde hacía tres meses y cuando hizo esa visita al papa en la que debía acabar de perecer su ensueño. Veía ahora á monseñor Nani con su sonrisa irónica, sus ojos claros de político sabio, que se entretenía haciendo una experiencia, y le oía repetir con su voz ligeramente burlona que sería una verdadera gracia de la Providencia el que esos retrasos le permitieran visitar detenidamente Roma, reflexionar, comprender y adquirir una instrucción, una educación que le librasen de cometer muchas faltas. ¡Y él, que llegó allí con entusiasmos de apóstol, ardiendo en deseos de combatir y jurando que jamás retiraría su libro! ¿No era esta la más delicada de las diplomacias y la más profunda, la de haber quebrantado así su sentimiento contra la razón, haciendo un

llamamiento á su inteligencia para que esta lo suprimiese como un acto salido de sí mismo y sin lucha escandalosa, como á obra inútil y falsa, en cuanto esa inteligencia se diese cuenta, ante la Roma real y verdadera, del ridículo enorme que había en soñar con una Roma nueva?

En aquel instante vió Pedro á monseñor Nani que salía de la sala del trono, y no experimentó el sentimiento de irritación ni de rencor que esperaba. Al contrario, se puso contento cuando el prelado, habiéndole visto á su vez, se acercó y le tendió la mano; pero no sonreía como de costumbre al hacerlo, sino que tenía un aire muy grave y parecía dolorosamente impresionado.

—¡Ah! ¡Qué espantosa catástrofe, mi querido hijo! Salgo del cuarto de su eminencia y está llorando... ¡Esto es horroroso! ¡Horroroso!

Se sentó en uno de los sillones invitando al presbítero que hiciese lo mismo á su lado, y durante un momento permaneció silencioso, rendido á la cuenta por la emoción y necesitado de algunos momentos de reposo bajo el peso de las reflexiones que ensombrecían visiblemente su rostro sereno. Después hizo un gesto como si quisiese apartar aquella sombra y recobró su acostumbrada amabilidad.

—¡Y bien! ¿Vistéis, hijo mío, á su santidad?

—Sí, monseñor, y os agradezco en el alma la gran bondad de que distéis pruebas al prestaros á satisfacer mi deseo.

Mirábale Nani con mucha atención mientras que la sonrisa invencible pugnaba por asomar á los labios.

—Me dais las gracias... Veo que fuisteis prudente sometiéndoos por completo á los pies de su santidad.

Estaba seguro de ello y no esperaba menos de vuestra clara inteligencia, y me considero tanto más satisfecho con ese resultado, cuanto que veo con gusto que no me equivoqué acerca del juicio que formé de vos.

Se abandonó un poco y siguió diciendo:

—No he discutido nunca con vos, ¿para qué? puesto que los hechos estaban ahí para convenceros. Y ahora que retirásteis vuestro libro toda discusión sería aún más inútil... No obstante, reflexionad que si estaba en vuestra mano el volver la Iglesia á sus principios, á esa comunidad cristiana de la que trazásteis una pintura tan deliciosa, la Iglesia no podría hacer más que evolucionar de nuevo en la vía que Dios la trazó y por la que la condujo la vez primera, de manera que, al cabo del mismo número de siglos, se encontraría exactamente en donde está ahora. ¡Nol! ¡Dios hizo muy bien hecho lo que hizo y la Iglesia, tal cual es, debe gobernar el mundo tal y como se halla, y á ella sola es á quien corresponde saber cuando concluirá por establecer sólidamente su reino aquí bajo. Y he ahí el porque vuestro ataque al poder temporal, era una falta imperdonable, un crimen, porque desposeyendo al papado de sus dominios, le ponéis á merced de los pueblos... Vuestra religión nueva no es ni más ni menos que el derrumbamiento de toda religión, la anarquía moral, la libertad del cisma, en una palabra, la destrucción del edificio divino, de ese catolicismo secular, tan prodigioso en prudencia y solidez que bastó hasta aquí para la salvación de los hombres y que es el único que puede salvarlos mañana y siempre.

Pedro comprendió que se expresaba con sinceridad, que era piadoso y de una fé inquebrantable, amando á la Iglesia como hijo reconocido, convencido además de

que era la más hermosa, la sola organización social que podía hacer feliz á la humanidad. Y si quería gobernar el mundo era, sin duda, por la alegría dominadora de gobernarle, pero también la certidumbre de que nadie gobernaría mejor que él.

—¡Oh! Indudablemente se puede discutir acerca de los medios, y si por mi parte los quiero afables, tan humanos como sea posible, todo conciliación con el siglo que parece que se nos escapa justamente, porque hay una mala inteligencia entre él y nosotros... Pero le traeremos á buen camino, estoy seguro de ello... Y he ahí, hijo mío, por lo que estoy tan satisfecho al veros volver á la cuna, pensando como nosotros y dispuesto á luchar á nuestro lado, ¿no es así?

El presbítero reconoció todos los argumentos del mismo León XIII, y queriendo evitar el responder de una manera directa, en adelante, sin cólera, pero experimentando el dolor de la llaga abierta aún de su ensueño arrancado, se inclinó de nuevo, conteniendo la voz para ocultar su amargo temblor.

—Os repito, monseñor, que estoy muy agradecido por haberme curado de mis vanas ilusiones, operándome con mano de hábil cirujano. Mañana, cuando ya no sufra, os conservaré una gratitud eterna.

Monseñor Nani seguía mirándole sin dejar de sonreír, comprendiendo que aquel presbítero joven y entusiasta que permanecía apartado á un lado, era una fuerza viva perdida para la Iglesia; ¿qué iría á hacer al día siguiente? Alguna otra tontería, sin duda; pero el prelado debía considerarse satisfecho con haberle ayudado á reparar la primera, pues no podía prever el porvenir. Hizo un gesto muy expresivo como para decir que cada día bastaba para su trabajo.

—¿Me permitís concluir, hijo mío?—dijo al fin.—Sed prudente, vuestra felicidad de hombre y de sacerdote está en la humildad. Y seréis terriblemente desgraciado si llegáis á emplear contra Dios la inteligencia admirable de que Él os dotó.

Después, con otro gesto, apartó todo ese asunto terminado ya y del que no tenía para qué ocuparse más. Y el otro asunto volvió á ensombrecerle, el que se acababa también, pero tan trágicamente con la muerte fulminante de aquellos dos jóvenes dormidos allí, en la sala inmediata.

—¡Ah!—añadió.—Esa pobre princesa y ese pobre cardenal ¡cómo me trastornan el corazón! Nunca la catástrofe hirió más cruelmente una casa. ¡No! ¡Esto es demasiado! La desgracia va muy lejos y el alma se rebela.

En el mismo momento, oyóse rumor de voces en la segunda antesala, y Pedro se quedó muy sorprendido al ver al cardenal Sanguinetti, al que acompañaba el abate Paparelli, redoblando su obsequiosidad.

—Si vuestra eminencia tiene la extremada bondad de acompañarme, voy á guiarle yo mismo.

—Bueno. Ayer llegué de Frascati y en cuanto me enteré de la triste noticia, he querido venir á demostrar mi pesar y traer mis consuelos.

—Dígnese vuestra eminencia detenerse un momento al lado de los muertos y enseguida le acompañaré al despacho de su eminencia el cardenal Boccanera.

—Sí, eso es; deseo que se sepa la parte inmensa que tomo en ese dolor y en el duelo que ha herido á esta ilustre casa.

Desapareció en la sala del trono, y Pedro se quedó asombrado ante tan tranquila audacia. No le acusaba,

ciertamente de complicidad directa con Santobono, ni se atrevía á medir hasta donde llegaba la moral; pero al verle pasar de aquella manera, con la frente tan erguida, la palabra tan suelta, tuvo la convicción brusca, indudable, de que Sanguinetti lo sabía, ¿cómo? ¿por quién? Esto era lo que Pedro no podía decir. Sin duda, como se saben los crímenes, en esas profundidades tenebrosas, entre personas interesadas en saberlo. Y se quedó frío, helado, ante la manera altanera, como ese hombre se atrevía á presentarse para acallar las sospechas tal vez, para llevar á cabo un acto de buena política quizás, dando á su rival un público testimonio de estimación y de ternura.

—¡El cardenal aquí!—murmuró sin poderse contener.

Monseñor Nani, que seguía la sombra de los pensamientos de Pedro, en los ojos de infancia de éste, en los que todo se leía, afectó equivocarse acerca del sentido de esta exclamación.

—Sí, me habían dicho, en efecto, que había regresado á Roma anteayer por la noche. Creyó, sin duda, que no debía permanecer ausente más tiempo, una vez que el papa sigue mucho mejor y podía tener necesidad de él.

Por más que Nani dijo todo esto con aire de perfecta inocencia, Pedro no se engañó ni un solo instante. Y á su vez, habiendo mirado al prelado, se convenció de que éste también sabía. De pronto, el asunto se le presentó con toda su complicación terrible, con la ferocidad que le había dado el Destino. Nani, el antiguo familiar del palacio Boccanera, no era hombre desprovisto de corazón, y seguramente amaba á Benedetto con una pasión embelesada por tanta belleza y

gracia. Se podía explicar así el sesgo victorioso que había hecho tomar al asunto de la anulación del casamiento; pero, á creer lo que decía don Vigilio, el divorcio obtenido á fuerza de dinero y bajo la presión de grandes influencias, era sencillamente un gran escándalo, al principio llevado por Nani con mucha calma, y precipitado más adelante hácia una solución ruidosa con el único objeto de desacreditar al cardenal y apartarle de la tiara en vísperas de un cónclave que todo el mundo creía inmediato. Y, aparte de esto, parecía indudable que el cardenal, intransigente y sin diplomacia alguna, no podía ser el candidato de Nani, tan dúctil y tan deseoso de una inteligencia universal; de manera que toda la prolongada labor de este último en el palacio, no había podido ser, sin dejar de ayudar á la dicha de la querida *contessina*, más que la destrucción lenta y sin interrupción de la ardiente ambición de hermano y hermana, de ese tercer papa triunfal que su antigua familia debía dar á la Iglesia. Sólo que si siempre había querido eso mismo, si en un momento dado combatió por el cardenal Sanguinetti, poniendo en éste sus esperanzas, no se figuró jamás que llegaría hasta el crimen, á esa abominación imbécil de un veneno que se equivoca de dirección y hiere á los inocentes. No, no, aquello era demasiado y el alma se rebelaba. Se servía de armas más suaves, semejante brutalidad le repugnaba, le indignaba, y su rostro, tan sonrosado y tan cuidado, conservaba aún la gravedad de su rebelión ante el cardenal lloroso y aquellos dos amantes muertos de tan triste manera.

Creyendo Pedro que Sanguinetti era el candidato secreto del prelado, quedóse como atormentado por la idea de saber hasta dónde llegaba la complicidad mo-